

La palabra poética y la infancia

Daniel Hernández Rodríguez

¿Enseñar poesía?

Estas dos palabras juntas en forma interrogante abren algo que no hay cómo abordar. Es necesario transformarlo, hasta encontrar una pregunta posible y viva que permita iniciar la indagación. Si hay fortuna, se buscará introducir en esa vida un nuevo elemento, como cuando una pareja que se ama tiene un hijo. Esta hija, la infancia, debe demostrar afinidad con cada uno y con los dos en su familia-pregunta. Por ahora no importa el orden, sino poder hallar un modo de preguntar que disponga el abordaje del mundo que se reúne al juntar: Enseñar, Poesía e Infancia.

Hubo y hay, en efecto, instituciones con actividades de educación que involucran a la poesía, y que incluyen desde niños de brazos hasta abuelos de muchos años, además de una diversidad, tal vez grande, de actividades con poemas a lo largo de los sistemas educativos. ¿Este hecho qué preguntas sugiere?

Desde *la poesía*, los conocedores deberán preguntar por la naturaleza poética del material involucrado o creado, sin que importe su diversidad, y por la naturaleza poética de las experiencias.

Desde *la enseñanza*, habría que preguntar por los cambios operados en las personas, por el papel de sus interacciones, y por la incidencia de los materiales y de las experiencias en esos cambios. Luego, se podría preguntar qué de esos cambios corresponde a algo enseñado, y se debería poder describir el proceso de enseñanza. Por último habría que preguntar, ahí, por la legitimidad de la pregunta sobre la enseñanza.

Desde *la infancia*, preguntaríamos: ¿Hay algún tipo de experiencia infantil que deba definirse también como experiencia poética? ¿Qué la caracteriza? ¿Cómo se puede confirmar? ¿Todos o sólo algunos niños y niñas pueden vivirla? ¿Qué la hace posible en ellos? ¿Desde cuándo? En particular, ¿dentro de estas experiencias infantiles es posible la consecución de realizaciones poéticas que puedan definirse como auténticos poemas?

Es necesario ahora hablar de estas preguntas. En particular, forman parte de la ruta del interés del autor por la poética infantil y su carácter es epistemológico, fenomenológico y ontológico. No tienen que ver con expectativas didácticas ni metodológicas, menos aún con maquinaciones evaluativas ni de procesos ni de personas. Y, aunque enmarcan un amplio recorrido conceptual, no definen el proceso investigativo ni la ruta expositiva.

La experiencia

Este concepto reviste la máxima importancia, debido al carácter del material que iré aportando desde adentro, en un proceso de emergencia, mientras van confluendo los elementos de la problemática. Estilísticamente, se hace inevitable trasladar la voz principal a la primera persona del singular, pues la reflexión y el análisis se refieren, precisamente, a la propia experiencia.

Contexto

Años 1994 y 1995. Un colegio oficial *sui géneris*⁴ un curso de primer grado, 23 niñas y niños entre los seis y siete años, adultos “pasajeros”, encargados de las asignaturas de música y de educación física, un sabio catalán, matemático y músico, como asesor pedagógico, y un adulto responsable del grupo, yo, además, con una obligación bimensual de elaborar boletines informativos para las familias. En el entorno, un proyecto pedagógico en permanente construcción, unas costumbres escolares invencibles, mas, una rara tolerancia y flexibilidad⁵ de las que me aprovecho para ir encontrando mis propios caminos.

Ahora bien, si se trata de acercarnos a una experiencia poética con niñas y niños, en un ambiente educativo, es fundamental saber quiénes son las personas que participan, sin lo cual no es posible buscar la significación de lo que hacen y de sus interacciones. El lugar y el tiempo, de los que se ha hablado, complementan la singularidad que hace único lo posible e irreplicable la experiencia.

No he llegado a este lugar por ser normalista o licenciado, sino por ser padre de una estudiante de secundaria y por haber peleado con unos profesores del bachillerato que pretendían minimizar el “caso” de un suicidio fallido de otra estudiante de secundaria, quien adujo, entre otras cosas, la presión académica.

4. Se trata del *Instituto Pedagógico Arturo Ramírez Montúfar* de la Universidad Nacional, situado dentro del *campus* universitario, en Bogotá.

5. La tolerancia y flexibilidad del colegio, especialmente en la primaria, tenían asidero en un ambiente de amistad y confianza en las calidades humanas y la responsabilidad en el trabajo de los docentes. Pero yo recibí un trato especialmente amable de parte de la rectora, del asesor pedagógico y del cuerpo docente.

Luego de mi airada intervención, la rectora me invitó a ser uno de sus maestros de primaria⁶. A veces la ira, según Ernest Bloch, permite remover estancos y cambiar cosas.

En otro lugar⁷, he recreado recientemente el primer encuentro con este grupo de primer grado, con la energía desbordada de tan sólo veintitrés niños que, tras el primer mes de colegio sin maestro, se han apropiado de diversos espacios para su espontánea expansión vital, a duras penas controlados con el concurso de otros maestros.

Tras otro mes sin lograr tenerlos a todos en el salón se me anuncia que venció el plazo, y con seria amabilidad la coordinadora los recibe al día siguiente y los instala ordenadamente en el salón, “entregándomelos” por primera vez completos, se despide, y al irse cierra la puerta. Por primera vez también todos me miran en silencio, tensos de expectativa y picardía, como preguntando ¿Y ahora qué?

Confieso que algo comenzó a hablar por mi boca. Palabras con sonido de viento, como en secreto, con el misterio de los juegos poéticos de Rafael Alberti. El poema “El Bosco”⁸ que me había recitado mi entrañable amigo titiritero Camilo Ruiz, que había trabajado conmigo el dibujo infantil, una década antes, y a quien, cuando niño, una abuela celta, alta, seca, muy blanca y ciega, lo había iniciado en la magia de la literatura y de los antiguos libros ilustrados para niños de la vieja Europa.

Saltó, pues, de mi boca ese diablo cómplice cargado de años y de historias, ese diablo comunista y oportuno, que también reunió en ese instante parte de mi propia familia y de mi propia infancia en el recurso del poema. Todos, niñas, niños y yo quedamos atrapados por ese momento único, en las palabras que sin saber su significado danzan a través de una música misteriosa y nos mueven a la danza.

Desde entonces, *el diablo* del poema *El Bosco* del libro *A, la pintura* de Rafael Alberti, es decir, *el diablo* de Camilo Ruiz, el titiritero que salió del teatrino empujado por un trágico accidente, pero que me lo pasó antes de irse, *el diablo* que vagaba entre los “incontables” cuentos de su abuela ciega y que según él hablaba en un inglés lleno de musicales consonantes, que se saboreaban con la

6 La Dra. Martha Novoa, no sólo era la rectora del IPARM, sino una amiga entrañable y contertulia del escritor y poeta Nicolás Buenaventura. La invitación que me hizo implicaba ganar el concurso docente.

7 *El maestro y la gracia*

8. Entre varias ediciones de la poesía de Rafael Alberti, en las que se incluye el poema “El Bosco”, tengo a mano la reedición de su *Antología Poética*, en Editorial Losada, que data de 1999, pp. 263-266.

lengua entre los dientes. El diablo que se halló bien en mi vida, entre los trozos de poemas olvidados que rodearon mi infancia en la voz incomparable de mi padre, versos con picardía y charadas incomprensibles para mí, que traía de sus amigos poetas, del café, y de su lejana infancia en la única escuela de Chaparral, donde con otros niños, todos “de pata al suelo” y cauchera en el bolsillo, como Alfonso Reyes Echandía y Darío Echandía, jugaban a las canicas y a recitar la elocuencia y la sabiduría de antiguos griegos y latinos, porque ese era el *currículum* de la escuela elemental, y seguramente *el diablo* que se encontró a gusto entre el ratón Pérez y el gato con botas de cierto poema⁹ que me entregó mi madre personalmente, para que su hijo pequeño, el que no se acercaba a los libros ni amaba la lectura, también fuera dueño de la riqueza familiar.

Por supuesto que el novato de maestro, nada de esto veía. El poema de Alberti, que cambió su vida con sus pequeños estudiantes, no pasaba de ser una ocurrencia salvadora. La legión de fantasmas culturales que lo auxiliaban desde entonces, eran invisibles para él. Pero lejos de avanzar en sus deberes de enseñar la lectura y la escritura, pasaba los días con sus estudiantes en un mundo compartido, cuyo orden y dibujo le resultaban indescifrables. Hasta que llegó el tiempo del segundo boletín, de la segunda reunión con los padres de familia.

El boletín era precioso. Era una hoja con un pequeño encabezamiento, donde decía el colegio, el curso, el periodo y el nombre del estudiante. El resto estaba en blanco. ¿Qué podía yo escribir de cada niña y de cada niño del curso? ¿Qué sabía de cada uno? ¿Cómo podía distinguirlos académicamente? ¿Qué podía ser significativo en su proceso escolar, donde no existía la calificación numérica?

Quedaba poco tiempo, pero era necesario ver a mis estudiantes, distinguirlos, saber algo de cada uno para poder decir alguna cosa diferente y significativa en su informe. Todo estaba allí, pero no lo había visto: Cómo jugaban, cómo estaban solos, cómo buscaban compañía, de qué hablaban, con qué se interesaban, cómo peleaban y cómo se reconciliaban... Por supuesto, también debía saber cómo iban sus procesos académicos.

En una semana aprendí de ellos mucho más que en tres meses, y traté de captar el espíritu de cada uno en tres palabras, sin la fidelidad a ningún orden categorial. Con el tiempo la lista creció y se depuró. Surgieron caracterizaciones personales por el humor, la sensualidad, la lucidez, la burla, la observación, la prudencia, la coquetería, la amistad... Podía diferenciarlos, igualmente, por las actividades

9. Hay alegrías que nos dejan saborear la felicidad. Una de ellas fue haber hallado en una librería de viejo el libro *Nuevo ritmo de la poesía infantil*, de la Librería Hachette de Argentina, presentado por Germán Berdiales (1943), que mi madre me entregó, siendo muy niño, para que me aprendiera el poema de Ricardo Pose “Gato con botas salió de paseo”, pp. 113-115.

que amaban de manera especial, como la pintura, la danza, el dibujo, el cuento, la música, el juego, la narrativa, el teatro, la ciencia, el deporte, la mecánica, la escultura, los idiomas, la poesía... Y se revelaron como singulares portadores de sentimientos y emociones como el amor, la timidez, la alegría, el tacto, la sensibilidad... Y aún había en quienes podía personificarse la inteligencia, la reflexión, la imaginación, el sentido crítico, el existencialismo, la trascendencia... y también valores como la justicia o la libertad.

Mi curiosidad y mi propensión a comentar los valores de cada actitud, actividad u obra sembraron estos mismos valores en el grupo. Así que todos fueron amando los dibujos de Mateo, las pinturas de Nubia, los cuentos de Carlos, el humor de Felipe, las esculturas de Fabio, los experimentos de Cristian, las cartas de Ángela Edith, los poemas de María Paula, repletos de parajes culturales diversos, tan distintos de los de Henry que buscaban siempre la figura del amor, tan diversos de los de Ana María aclarando sin cesar la magia y las incomodidades de las relaciones cotidianas, o de los de José Luis que desenmascaraba y ponía cada cosa en su lugar, o de los poemas de Camila capaz de dotar de gracia cada cosa que tocaba...

Este proceso aconteció como una poética pedagógica. Cierto que desde el primer día, con el grupo que solía quedarse en el salón, se escribió el nombre propio, y algunos colocaron también el apellido. Todos los días, además, como es habitual en la escuela, se escribía en el tablero, el día, la fecha y el año. También escribía la actividad que resultáramos haciendo, y siempre había quienes copiaban todo. Además anotaba, y ya todos lo sabían, que el lunes era el día de la luna, el martes de Marte... y, en definitiva, que los días de estudio eran días de los planetas, pero también de esos dioses antiguos. Por eso conocieron las pequeñas versiones míticas de *La leyenda dorada* de Meunier¹⁰ e hicieron pinturas fantásticas de los dioses planetarios.

El primer escrito propio que apareció en el salón fue un poema de María Paula¹¹:

Si tú amor
si yo no estoy
si todo cambia
mi amor es mi amor
el que te hace feliz
tu corazón

María Paula Molano M. 1994 (7 años).

10. Meunier, M. (1957). *La leyenda dorada de los dioses y los héroes*. Aguilar: (Colección Crisol No. 14). Madrid.

11. Este poema, escrito en mayo de 1994, preside el primer libro de poemas de María Paula Molano, *Semillitas*, en Errediciones, Bogotá, 1998.

Cuando el maestro deslumbrado leyó este poema que María Paula había dedicado a su padre, sintiendo su autenticidad y su belleza, se puso a brincar por el salón. Varios niños quisieron quitarle el escrito, querían saber qué pasaba. Y bien, tocaba leerlo en público, pero antes había que calmarnos, crear la atmósfera, hacer el ritual “del diablo”, es decir, el acogedor y expectante silencio. Lo leí una vez y los niños aplaudieron, así que lo leí otra vez. La poesía había nacido en el grupo.

Si con Alberti había hecho su entrada majestuosa la palabra poética en el curso, con María Paula se había iniciado su apropiación definitiva. No eran sólo escuchas de poemas y aún no eran lectores de versos cuando comenzaron a ser poetas, niños escritores de poesía. Bien podría decirse que en ellos la escritura precedió a la lectura, si es que entendemos estas dimensiones del ser en su profunda significación.

Si comenzamos a tomar distancia de la inmediatez en que nos sorprende el poema, en un simple análisis de su arquitectura, quizás podamos preguntar, no cómo fue creado, sino como pudo ser comprendido por sus compañeros, quienes a continuación se fueron haciendo poetas. El poema de María Paula comienza cuando nombra la presencia amada, *Si tú amor*, en donde nace la ausencia, *Si yo no estoy*, cuya consecuencia no puede decirse mejor: *Si todo cambia*. Algo, sin embargo, invencible se resiste al cambio, algo más fuerte que la separación: *Mi amor es mi amor*. Y esto, que permanece lo mismo, esencial, puesto que es lo que *es*, inmodificable en la presencia y en la ausencia, extiende su poder de un estado al otro: *El que te hace feliz*. Y el poema se cierra de manera perfecta, porque aquello que te hace feliz no puede abandonarte, te pertenece, es (“soy”) *Tu corazón*.

Entre los poetas que Luego fueron apareciendo, veamos la primera escritura de Sandra:

Cuando tú me miras
 Todo el mundo te mira
 Y yo miro tu memiras

Sandra Milena Sánchez (7 años) 1995

Como ven, el poema de Sandra fluye en una descripción aparentemente explícita. Se puede inferir que se refiere a una circunstancia que se repite cuando el otro la mira. Mas, el otro la mira cuando hay terceros, que caben en la expresión “todo el mundo”. El poema concluye con la correspondencia a la mirada del otro.

Bien, pero desde el primer verso: *cuando tú me miras*, el lenguaje es íntimo y delicado, el otro en el poema es abrazado en el tuteo e involucrado afectivamente.

te en la referencia magnética de la mirada. El verso entra como respuesta a un gesto de ese otro, que lo precede. El *Cuando...* instauro la relación en un tiempo que es renovado por la relación misma. Es el tiempo de la familiaridad detenido.

El segundo verso: *Todo el mundo te mira*, constituye una desviación intencional de la energía acumulada en el primero. Aquí sin embargo, la tensión no pasa, porque no se ha resuelto la que se abrió en el primer verso. Antes bien, ha entrado una nueva tensión que sin poseer la calidad de la primera se le intenta equiparar cuantitativamente: *Todo el mundo*. Lo que hace todo el mundo es que te mira cuando tú me miras. De este modo quien habla, la primera persona, se encuentra en una disyuntiva y en una confluencia de fuerzas. La decisión no es nada sencilla. ¿Qué hacer con tu mirada sobre mí cuando todos te miran?

El último verso debe responder a ambas demandas. Debe reunir las y realizarlas. Debe cerrar el poema sin dejar nada por fuera, como en la cancelación anagráfica. Y debe hacerlo además en la forma. Sin dejar residuos rítmicos. ¿Cómo puede hacerlo una niña de siete años que está ensayando su primera escritura?

Y el último verso surge fluido y rítmico, sin ningún esfuerzo aparente. Como si fuera algo perfectamente natural: *y yo miro tú me miras*. Si tú miras y si todo el mundo mira, yo también miro. *Tú me miras*, pero, *todo el mundo te mira*, cuando *tú me miras...* de modo que, si yo te miro, sólo resuelvo el que *tú me miras*, pero si yo no te miro a ti, sino a *tú me miras*, resuelvo también el que mientras me miras todo el mundo te mire. Sólo había una manera magistral de realización del poema. Sandra la encontró.

Con esto se abre el enigma en entorno a la poesía infantil. El enigma es mucho más poderoso por cuanto no es solo Sandra y María Paula, sino cuantos en el grupo lograban escribir y se iban incorporando como nuevos poetas.

NOTA: Este capítulo concluye aquí. En la ponencia, en vivo, se leyeron otros poemas, pero ellos forman parte del corpus de un trabajo mayor que se encuentra en estado de elaboración.